

El Profesor

Magdalena del Tránsito



Capítulo

1

Ese día El Profesor de saxofón me invitó a ver un documental de música en su habitación. Ahí tenía un equipo y colección de videos musicales. Como su esposa siempre estaba en casa, sentí que su hogar era un lugar seguro. Él nunca se atrevería a hacer algo inadecuado en su habitación, menos sabiendo que ella podría llegar en cualquier momento y que estábamos en su espacio íntimo. Las hijas de ambos también estaban siempre en casa cuando yo tomaba mis clases con él. Comenzamos a ver un video de un concierto de música. Me ofreció sentarme en su cama, lo hice. Un par de minutos pasaron y me ofreció acostarme más atrás. Comenzó a mirarme y preguntarme cosas que sonaban extrañas y fuera de contexto. Mientras miraba directamente a mi cuerpo, empezó a hablarme de mi ropa, de mis pantalones. Entonces me preguntó: “¿qué calzón llevas puesto?” pidiéndome que me abriera el pantalón y le mostrara mi calzón. Me reí nerviosamente y traté

de no prestarle atención. Comenzó una profunda tensión, y mi mente y cuerpo se pusieron en modo alerta. No me podía concentrar en el video porque seguía mirándome y acercándose físicamente, hasta que tocó mis pantalones y me dijo que quería ver mis calzones. Apenas me tocó yo me puse tensa y comencé a sacarme sus manos de encima. Mi cuerpo y alma se pusieron en modo de sobrevivencia y sentí que debía estar lista para lo que fuese. En un par de segundos, él estaba tocándome, abriendo mis pantalones y encima de mi cuerpo. Como no era un hombre ni muy grande ni muy fuerte, pude controlarlo físicamente con bofetadas, patadas, un par de gritos, y me dejó ir. Yo era más alta que él, fuerte, extrovertida, segura que no quería ese tipo de relación con él. Esta era la segunda vez que un hombre me atacaba sexualmente. No era la primera vez que me defendía “a combos” para proteger mi cuerpo.

Este ataque sexual fue la culminación de un proceso de acoso que duró más de un año, tal vez dos, posiblemente desde que lo conocí. Cuando comencé a tomar clases con él yo tenía unos 17

años, él unos 30 y tantos. Miradas y comentarios sexistas, sexuales e inapropiados era lo que esperaba siempre al verlo. Cada vez que yo decía que algo era “grande” él se reía y me respondía “gracias”, “sé que te gusta así” “sí, es grande” siempre con una mirada y un tono de doble sentido. En su imaginación, el comentario aludía a sus genitales y yo debía imaginarlo. A veces los comentarios los hacía frente a otros músicos, quienes se reían cada vez que yo decía la palabra “grande” mientras él se reía y me daba las gracias. Por esto trataba de no decir la palabra “grande”. Aunque a veces se me salía y me daba cuenta del error que había cometido. Había dicho la palabra y ahora tenía que aceptar el comentario con doble sentido que vendría pronto. Así también cada vez que yo decía “gracias” él contestaba “nada de gracias”, insinuando que tendría que pagarlo en algún momento. Con el mismo tono y el doble sentido, “nada de gracias” era una de esas frases que comencé a tratar de evitar. Cada vez que decía esta frase yo debía pensar en cómo pagar esa deuda que crecía continuamente. *Le debía que no me había violado.*

Otra frase emblemática que me decía frecuentemente era “no está mal para ser mujer”, recordándome continuamente cuál era mi género, posición, y estado en la pirámide de la sociedad. Era un chiste continuo y doloroso. Una lección que debía aprender como joven mujer. En la comunidad jazzística del Chile de esa época, aprender todas las escalas mayores y menores en todos los tonos y velocidades era algo a lo que muy pocas mujeres podían acceder. Yo tuve el privilegio de aprender de él. No solo le debía, sino estaba obligada a pagarle en algún momento. No podía escapar a tanta responsabilidad. *Le debo. Le debo. Le debo.* Esa fue mi preocupación constante por casi una década.

Cuando salíamos a jugar pool, me fuí dando cuenta que me miraba los senos y el trasero cuando trataba de pegarle a la bola. Ahí comencé a cambiar mi ropa por otra donde no se viera mi cuerpo cuando estaba agachada. A cada segundo que estaba con él tenía que pensar en cómo me movía, vestía y hablaba. Él aprovechaba de acercar su cuerpo al mío “enseñándome a jugar”. Aprendí a jugar un poco y eso fue lo que tomó. Pensé: “*Las*

mujeres no juegan pool, y tienes que pasar por lo que los hombres te tengan que hacer” para acceder a ese juego. También comencé a utilizar pantalones largos cada vez que iba a su casa. De los pocos vestidos que me puse cuando salía con él, me aseguraba de que tuviese pantaloncillos abajo del vestido, para el caso de que si el viento o un movimiento levantara un poco el vestido, no vería más que un pantalón corto.

Siendo joven, esbelta y buena estudiante, era una presa segura. Cuando estaba con él los demás músicos lo miraban con fascinación. Él era feliz cuando me “portaba bien” de manera disciplinada, cuando “hacía caso.” Cuando salíamos a fiestas me “cuidaba”. Como en las fiestas siempre hubo mucho alcohol y drogas disponibles, él me miraba atentamente para ver qué hacía cuando consumía drogas, siempre con la mirada de esperanza de que me descontrolara frente a él. El Profesor me introdujo a la cocaína en una de esas fiestas. En ese tiempo él estaba aspirando mucha coca, tal vez todos los días. Duré muy poco aspirando. Poco tiempo después de probarla, un día él llevó cocaína a mi casa

donde aspiré, me desmayé y caí inconsciente por un par de segundos. Él se asustó mucho y vio que yo no tenía mucha resistencia a las drogas. Yo me asusté más y dejé de consumir para siempre después de ese incidente.

Siendo tan joven y estando con un grupo de hombres mayores, yo pensaba que eso me ayudaría a progresar en la música. Todos comentaban que estaba tomando clases con el “mejor saxofonista de Chile.” Pensé que esa era la ruta que debía tomar para aprender, que era normal lo que estaba pasando. Mal que mal, era la única mujer en este grupo dominado por hombres grandes, maduros, referentes de la escena musical chilena. Era como una mascota. Tenía y debía aguantar todo para poder aprender el jazz, esta música dominada por hombres fuertes y talentosos. Esa era la única ruta para aprender, no existía otra opción.

Recuerdo otra ocasión, en que El Profesor me comentó que había dejado de fumar y que estaba “muy activo sexualmente”. No hice comentario alguno. Cualquier palabra, gesto, mirada podía ser

utilizada para elevar la situación de un comentario, a un acto sexual no consentido. Debía tratar de hacerme la tonta, como siempre. Pensé: *“Aceptación y aguante, es el camino para ser profesional. Es parte de nuestra cultura”*.

Hubo aproximadamente un año donde él se empeñó en explotar mi cuerpo e imagen. Me consiguió un trabajo en la televisión donde tenía que ponerme un vestido apretado y corto, y debía simular que tocaba saxofón cuando en realidad no tocaba. Debido a mi poca paciencia con el ambiente de la televisión, las esperas, repeticiones eternas, los artistas que debía acompañar (que tampoco cantaban), duré muy poco en el trabajo. Me aburría tremendamente porque no aprendía nada, solo mostraba mi cuerpo y actuaba a que tocaba. El Profesor me llevaba a tocar a los conciertos de una banda de matrimonio para “practicar”. Siempre tan preocupado de mi desarrollo musical, yo sentía que no podía fallarle. Finalmente me recomendó a un nuevo grupo de mujeres jazzistas, el primero en la historia de Chile. Este grupo sería comercial y todas nos haríamos famosas. Cuando llegó la hora de

hacer el video de promoción donde yo debía ponerme un bikini blanco, meterme con el saxofón al mar, y salir de debajo del agua tocando el saxo, se acabó el sueño. Yo no metería mi saxofón al agua por nada del mundo! Terminó mi relación con el grupo antes del primer concierto. El Profesor ya no sabía qué hacer conmigo. No daba mi brazo a torcer, era una cabeza dura, rebelde y mal portada. No seguía instrucciones y lo peor de todo, protegía mi cuerpo y sexualidad a toda costa. No llegaría a ningún lugar con esa actitud.

Mi madre me preguntó una vez “¿*que está pasando con El Profesor?*”... “Nada” respondí. No sentí que podía decir ni explicar nada. Siempre tuve miedo a las repercusiones por todos los lados y nunca sentí que existía incluso un espacio donde estuviera a salvo para comenzar la conversación. También tuve miedo a que mi madre cancelara todas mis clases de música y con ello la oportunidad de progresar y aprender. Mi madre insistió y con sus instintos desgarradores hasta le preguntó una vez directamente al Profesor “¿estás enamorado de mi hija?” No, contestó él confuso.

Por mucho tiempo traté de borrar los recuerdos plasmados en esta historia, pero el inconsciente siempre gana y se mantienen las memorias, hasta que salen. Recuerdo que a veces se molestaba porque yo salía con chicos de mi edad o llevaba algún pololo al club de jazz, y me decía “Quién es ese huevón?! De dónde lo sacaste?!” o “eres una malagradecida! no tienes remedio!”. Hoy estos recuerdos semi-enterrados, han resurgido resistiéndose a morir. Después del ataque en su casa, El Profesor me pidió disculpas: “*No debí haberlo hecho*”. “*Lo que hice estuvo mal*”. Claro que te disculpo, le dije. Eres un hombre y no te pudiste controlar. Pensé: “*Pobrecito, fue mi culpa, por volver a tus clases, por ser extrovertida. Me lo merezco por ser mujer*”.

Capítulo

2

A medida que pasaba el tiempo me di cuenta que no me sentía completamente segura con El Profesor. Después del ataque sexual, ya no fue la misma relación. Yo me alejé y perdí toda la confianza en él. Sus disculpas nunca las sentí transparentes ni honestas y fue sólo después que he estado con un par de hombres que me han pedido perdón de manera honesta por otro tipo de agresiones, es que recordé esas disculpas, y no es la misma sensación. Los hombres honestos que me pidieron disculpas me miraron diferente, me escucharon, a veces lloraron. Sienten una culpa palpable, notable. Ellos esperan a que seas tú quien les da la mano o te acerques. Se controlan física y emocionalmente para sostener psicológicamente ese proceso tan profundo que es el pedir perdón. Esa actitud de cuidado y mesura la hacen para sostener a ambas partes mientras sucede el proceso.

Una vez que me fui de Chile nuestra relación terminó. Sólo lo vi un par de veces más en alguno de los viajes en que volví a mi tierra natal. Él me llamaba para que fuera a ver a su hija pequeña que estaba comenzando a tocar el saxofón. Decidido a que su hija cumpliera todos los sueños que él no pudo cumplir, y con su nueva novia de 20 años, comenzó su nueva vida. Se transformó en un “stage parent”, esos padres que meten a sus hijos en todas las competencias locales y sueñan con las internacionales. Así también fantasean con que sus primogénitos ganen las competencias y se hagan famosos rápidamente. La verdad es que me alegré de que ya no tendría que sufrir su acoso porque él ya tenía a otras jóvenes que podría molestar y moldear a su gusto.

Después de casi una década sin hablar, El Profesor me llamó un día a mi casa en Estados Unidos. Yo estaba en un estado vulnerable, con dos hijas muy pequeñas, recién casada, durmiendo muy poco, agotada todo el día y comenzando una familia lejos de mi país. Por teléfono me pide que saque a su hija de Chile porque “ella ya no tiene nada que hacer en este país” y me dice: “la vida

de mi hija depende de ti”. Él ya la había paseado por todos los canales y competencias posibles, y ella estaba lista para irse, según me comentaba. Necesitaba pasar al próximo nivel y yo era la persona que debía ayudarlo con eso. La vida y el futuro de su hija “dependían de mí”: esa fue la idea que quedó implantada en mi cabeza. Su táctica había funcionado una vez más. Estábamos unidos por una relación de abuso de poder y él la extendía sobre sus nuevas generaciones.

 Cuando colgué el teléfono tuve miedo y me sentí perseguida. No me atreví a decirle que no. Tenía miedo de que si me negaba a ayudarlo, él buscaría vengarse. El temor se apoderó de mí y una vez más decidí aceptar en silencio y aguantar el proceso doloroso de ayudar a la hija de mi acosador. Por muchos años fue más fácil someterme y reprimir el desasosiego. Nunca supe cómo explicar lo que me pasaba de manera racional o intuitiva y evité hablar de este tema con nadie por décadas. Silenciosamente debía seguir las instrucciones de él. No debía hablar sobre mi problema, ni podía decirle a mi familia o a mi

esposo. Como los hombres deciden el camino de las mujeres, el mío ya estaba decidido por él y la transferencia de la responsabilidad de su hija estaba en mis manos. Fue una táctica inteligente y a la vez macabra.

Ayudé e hice lo que tenía que hacer, tratando de transformar la situación en algo bueno. Tal vez era yo quien estaba exagerando y la hija del profesor necesitaba una oportunidad, tal vez ella ayudaría a cambiar a su padre. Pero no fue así. Vino a Estados Unidos, y una vez que aprendió todo lo que pudo en el tiempo que duró en la escuela de música, sólo la vi y hablé muy poco con ella un par de veces más. Como a dos años desde su llegada, ella me llamó para que la ayudara con un problema personal que tuvo. Cuando llamé a El Profesor para decirle que su hija estaba en problemas, le eché la culpa de lo que estaba pasando. Hasta le dije que esto pasaba porque él salía “con novias de 20 años”, algo que me salió del alma y no pude controlar. Después de escuchar esta analogía entre su hija y su nueva novia, los dos nos quedamos en silencio y un poco confundidos. ¿Qué tenía que ver

esto con su hija? ¿Nada? ¿Todo? No supe explicarlo en ese momento. Sabía que quería decir algo, pero no pude expresarlo.

Los años pasaron y no vi más a su hija. Algo que me satisfacía porque así no tenía que recordar a su padre. De él tampoco supe más, aunque El profesor no dudó en mencionar mi nombre y el de mi esposo para subir la escalera de accesos profesionales cada vez que se daba la oportunidad. La imagen de la hija volvería un par de veces más en otras formas, provocándome cada vez una leve sensación de rechazo al oír su apellido, pero nunca me afectó mucho sino hasta que estalló el movimiento *Me Too*. En un par de años, la caja de Pandora se comenzó a abrir en la comunidad musical estadounidense con las historias de las jóvenes músicas que habían sido acosadas y violadas. Al principio yo sólo coloqué en mi Facebook las palabras “Me Too”. Muchas amigas me escribieron: “*Que lástima, lo siento, que lata*”. El tiempo siguió pasando mientras seguimos sin contacto alguno. Yo comencé a sentir que había pagado mi deuda con él. Lo ayudé a

través de ayudar a su hija. Las palabras sobre “la novia de 20 años” fueron las últimas que le dije, algo extraño, pero real.

Capítulo

3

Durante todos estos años en Estados Unidos mi vida siguió su curso. He sido muy feliz con mis tres hijos y mi esposo,

viviendo, estudiando y enseñando, con la historia de El Profesor inconscientemente reprimida. Pero, al leer las historias de acoso sexual de las jóvenes músicas en los Estados Unidos y Chile, me di cuenta de que lo que hizo El Profesor estuvo mal. Que tirar su cuerpo encima del mío y tratar de tocarme y besarme no fue un hecho normal ni aceptable. Que la manipulación del poder que ejercía sobre mí se había extendido a nuevas fronteras transnacionales y que el rechazo que sentía al escuchar su apellido, fue producto de años de acoso sexual, y luego de otra forma sutil de acoso para conseguir cosas que él quería, como sacar a su hija de Chile. Pero lo que está bien o mal lo definen las sociedades y los tiempos en que vivimos. Hoy no es aceptable esta conducta, hace dos décadas lo era. Hoy las jóvenes tienen más claro qué es una manipulación de poder porque está escrito, verbalizado, documentado y público. Hace dos décadas era un secreto y hubiese sido una condena haberlo hablado.

Todo esto me ha hecho reflexionar sobre el tema de la manipulación del poder. *Poder* se podría definir como "la probabilidad de que un actor dentro de una relación social pueda

llevar a cabo su propia voluntad a pesar de la resistencia ..." (Weber). En mi caso, durante el ataque sexual, hubo una resistencia física y psicológica. La relación se dañó después del ataque y ese acto fue el principio de una nueva relación igualmente abusadora, que se extendería generacionalmente. La académica Estadounidense Patricia Hill advierte que una estrategia de activismo intelectual tiene como objetivo decir la verdad directamente a la gente. Esta verdad debe ser simple y clara, para poder pasar al próximo paso, que sería crear estrategias de cambio. Un ejemplo puede ser cuando un jefe acosa sexualmente a sus trabajadoras, la narrativa de la discusión no debe enfocarse en la documentación de lo que hace la persona que está en el poder, en este caso, el jefe. La discusión debe concentrarse en cómo las mujeres pueden individual y colectivamente negociar estrategias para protegerse. La verdad: *el jefe es un acosador*, hay que decirlo clara y concisa, y de ahí, moverse a desarrollar estrategias de cambio sistémico para que el acosador no vuelva a hacer la conducta. Conociendo los detalles de esta historia se puede

reconocer la multidimensionalidad del sistema patriarcal, la magnitud del abuso y determinar respuestas frente a hechos.

Aquí, la relación del poder que El Profesor ejerció sobre mí como estudiante es una relación de transformación de sujeto a “objeto”. En la práctica, la estudiante es un objeto sexual cuando joven y soltera que sirve para tocar, besar y físicamente controlar. El cuerpo de la mujer es separado de su mente y psique. Solo importa cómo se ve y cuál podría ser la función de ese cuerpo. Indirectamente esta experiencia me enseña a separar estos dos entes y utilizarlos y aceptarlos como dos entidades separadas en el futuro. Mi cuerpo es un objeto deseado y utilizado para complacer. Cuando la mujer crece, se transforma en otro objeto para cumplir otras metas. Ya deja de ser el objeto sexual por ser una mujer casada y con hij@s, y no puede ser violentada tan fácilmente porque hay otro hombre de por medio, pero sigue siendo un objeto para sacarle el máximo provecho. En su inconsciente, El Profesor me transformó en un objeto de manipulación transnacional,

extendiendo su manera de operar por medio de la expansión de su frontera manipulativa.

La capacidad de maniobrar el poder es compleja y la sociedad no ayuda. La hiper-sexualización de la mujer es cultivada continuamente por muchos medios de TV, revistas, cine, videojuegos, música, y otros. En una sociedad sólidamente patriarcal, esta manipulación puede tomar muchas formas, y las dimensiones en las cuales se proyectarán son pensadas, organizadas, con metas a corto y largo plazo. En mi transformación de objeto a sujeto, mi experiencia como joven mujer puede servir para educar a las nuevas generaciones a visualizar cómo funciona el manejo de las relaciones de poder en sus diferentes dimensiones y tiempos. En esta historia podemos ver cómo los discursos represivos como “mi hija depende de ti”, “tú serás responsable de ella” cimientan bases sólidas para la mantención del sistema patriarcal local y global. Estos discursos siembran el miedo, que queda plasmado por décadas en diferentes formas.

El futuro de su hija en realidad nunca dependió de mí, y aunque ficticia, esta narrativa se transformó en parte de mi historia. Viví y aprendí a silenciar este tipo de conductas, ya sea porque son difíciles de explicar o por miedo a que me tildaran de mentirosa. El Profesor luchando por el “acceso” al poder global, en este sentido el acceso al entrenamiento de personas que darán más accesos a su hija, me usó como la puerta de entrada que tenía disponible a mano. El control y la manipulación del acceso es lo que hace de esta historia un caso de estudio.

La violencia implícita que existe cuando un hombre mayor induce a un(a) joven a pensar que no existe otra opción en la vida sino la que él provee, perdura en el tiempo y queda en tu inconsciente. En un ambiente creado y dominado por hombres, la objetivización de la mujer se promueve continuamente. Cómo te mueves, cómo te vistes, cuánto pesas, incluso que instrumento tocas, es una continua preocupación. Te apodan “la gorda”, “la fea”, “la vieja”, “la loca.” Si tocas saxofón te gusta chupar, si tocas piano te gusta tocar, si cantas eres puta y no eres músico.

Con el tiempo he soñado con las mujeres en estado vulnerable que he conocido en el camino. Jóvenes que tal vez no eran tan grandes como yo y no hubiesen podido defenderse físicamente. Chicas que estaban pasando por momentos difíciles en sus hogares y pensaron que relacionándose sexualmente con músicos mayores podrían avanzar sus carreras. Jóvenes a quienes nunca se les pasó por la cabeza relacionarse sexualmente con profesores y fueron violadas por ellos. Mujeres ciegas o con discapacidades físicas o cognitivas que no pueden entender la magnitud de un acto sexual forzado y silencian su historia, y después, sus vidas. No saben qué, ni cómo pasó, no lo pueden explicar ni en sus sueños.

Con la intención de desarrollar más pensamiento y narrativas como las que se han publicado gracias al movimiento Me Too, debemos seguir exponiendo las diferentes dimensiones del acoso y ataque sexual. El sistema del patriarcado -refiriéndome al sistema que hizo que fuera la única saxofonista en ese grupo,

que permitió ese acoso y que no tuviera un espacio para conversar de eso- no será cambiado rápidamente. Este es un sistema que se auto-gestiona con el ciclo del silencio y se perpetúa con la aceptación masiva de la violencia contra la mujer en todas sus dimensiones. Aunque ya acomodada y estable con mi trabajo y familia, esta experiencia me incomoda y siento la necesidad de explicarlo a mis hijas. Mis estudiantes me lo preguntan y estoy cansada de fingir que no me pasó. La complejidad de la historia requiere de pensamiento crítico a largo plazo, metodologización, y una sólida estructura de pensamiento y práctica que produzca cambios sistémicos.

Estoy segura que muchas personas negarán mi historia y tratarán de silenciarme nuevamente, o me culparán por ella. Otras me atacarán por haberla contado. *“Por qué cuentas la historia ahora! Es mentira! Necesitas 10 mujeres más que digan la misma historia sino creerán que estás loca! Más de 20 años han pasado, no deberías ni mencionarlo. ¿Por qué lo dices ahora, cuando estás vieja? ¿Por qué no lo paraste cuando eras joven?. No hay nada*

que puedas hacer...” Usualmente son hombres los que piensan esto o mujeres que protegen el sistema machista, son estas personas quienes condenan a las mujeres. El “pobre hombre” solo quiso un intercambio, un puente para avanzar sus deseos masculinos, una oportunidad para completar sus sueños. Me he dado cuenta que a muchas personas les he explicado la historia y no la creen, me culpan a mí por no haberla dicho en su momento o por no haberme sabido defender, mostrando una total falta de empatía. Les digo que lean la historia nuevamente, pero no pueden, no quieren creerlo. *Se rehusan a creerlo.*

En estos momentos no me siento oprimida sino liberada, sabiendo que el sistema que defiende a acosadores no está delimitado por clases sociales, ni localidades. La manipulación del poder es fluída y multidimensional. Ayer ejerciste el poder sobre mí, porque pudiste. Hoy, los cambios sociales me han dado una plataforma para explicar cómo ejerciste ese poder y alimentaste ese miedo por tantas décadas... ayudando a entender más nuestra

historia colectiva, para así protegernos de ti y del próximo que nos
intente violentar.